

Mamita Yunai: Un cuarto de siglo después¹

Víctor Hugo Acuña Ortega
Jubilado, UCR
vhacuna@gmail.com

Resumen

La novela Mamita Yunai, escrita por Carlos Luis Fallas, se presenta a partir de las lecturas que de ella ha hecho el autor del artículo. Contrasta una primera lectura de la obra con propósitos militantes y la que hiciera un cuarto de siglo después. Esta última cumple con el objetivo de traer al presente parte de la historia de los enclaves bananeros; por tanto, es una lectura más social y cultural que permitió ver como Calufa percibía el universo complejo de identidades étnico raciales y étnico nacionales desde el Caribe costarricense. Estratos materiales y temporales del proyecto, cuestiones formales y notas de lectura, son las secciones que componen el artículo y en las cuales se hace una revisión de diferentes ediciones de la obra, de la estructura de la novela y del valor de la obra como memoria de la historia vinculada con el presente.

Abstract

Mamita Yunai: A quarter century after

Víctor Hugo Acuña Ortega

The purpose of this paper is to present the outcome of the second reading of the novel Mamita Yunai, written by Costa Rican Carlos Luis Fallas. It contrasts with the first reading of the play, which was made with militant purposes. This new reading is a more socially and culturally one, because it intends to review the history of the banana enclaves and lets us know how Calufa perceived the complex universe of the racial ethnic and national ethnic from the Costa Rican Caribbean. The article makes a review of its different editions, the structure of the novel and also considers its value as historical memories associated with the present.

PALABRAS CLAVE:

Costa Rica, Literatura, historia, escritores, narrativa, novela, enclave bananero, Talamanca

KEY WORDS:

Costa Rica, literature, history, writers, fiction, novel, banana enclave, Talamanca

SITUACIONES DE LECTURA

Leí *Mamita Yunai* hace un cuarto de siglo en el contexto del cincuentenario de la huelga bananera de 1934. No recuerdo haberla leído previamente durante mis estudios secundarios o universitarios. Aquella primera lectura tuvo una doble motivación: la primera era técnica, para decirlo de alguna manera, en la medida en que me aproximé al texto en mi condición de historiador y le di un tratamiento de fuente histórica para un trabajo de investigación que en ese entonces elaboraba. Así, me acerqué a la novela para utilizarla como un testimonio de las condiciones de existencia de los trabajadores bananeros en los años que precedieron a la huelga. La segunda motivación de mi lectura fue más bien ética o política, en la medida en que llegué al libro con el fin de conocer, para darle vigencia en el presente, la memoria de un sector de las clases trabajadoras costarricenses que había cumplido un papel histórico clave y que ocupaba un lugar emblemático dentro de la historia de las luchas populares en Costa Rica.

Es necesario recordar que en aquellos años aún había sindicatos bananeros y sus conflictos laborales ocupaban todavía las principales páginas de la prensa. Era la época de guerra y revolución en Centroamérica y había personas que pensábamos que Costa Rica no iba a quedar inmune frente a esos cambios. Por eso leí *Mamita Yunai* con el fin de contribuir a activar la memoria popular en una época de grandes luchas populares. No pasaron muchos años antes de que se pusiera de manifiesto que lo que considerábamos una nueva etapa de cambios revolucionarios, era más bien su ciclo final. Como todos sabemos, en 1989 ciertos parámetros del mundo que habían enmarcado su historia desde fines del siglo XVIII desaparecieron para siempre. Eso yo no lo podía prever cinco años antes, de modo que, en síntesis, hace un cuarto de siglo, hice una lectura militante con propósitos militantes de esta novela.

Quizás convenga aclarar dos asuntos en relación con esa óptica militante, cargada de indignación: en primer lugar, mi lectura buscaba lo social, es decir, la vida de esos miles de hombres, pero no con el fin de hacer de ellos héroes de la revolución, como otras lecturas militantes, académicas, estéticas o partidarias lo habían hecho, sino con la pretensión de conocerlos tal cual eran en su precaria humanidad, lo cual, por cierto, logra muy bien la novela de Carlos Luis Fallas; en segundo lugar, además de lo social buscaba lo nacional, o quizás, la opresión que la nación padecía por el monopolio extranjero. En este sentido, desde mi óptica se trataba, en el marco del cincuentenario de la huelga bananera, de suscitar la memoria obrera o la memoria de un sector de nuestras

clases populares y, simultáneamente, la memoria de la nación costarricense.

En mi lectura de aquellos años hubo otra dimensión que resultó inesperada y con implicaciones puramente personales o autobiográficas. En efecto, fui a buscar en esa novela datos sobre la vida en los bananales, pero antes me encontré sorpresivamente con el relato de un viaje de Limón a Amubri, Talamanca, muy similar a uno que yo había hecho a mediados de la década de 1970, en el marco de un curso de la profesora María Eugenia Bozzoli, viaje que para mí fue mi primera experiencia con el mundo del Caribe costarricense. Fallas no describe el hoy mítico viaje en tren de San José a Limón, el cual era una mezcla de asombro, tedio y desconcierto. Pero el viaje de Limón a Amubri, en el cual se requería una curiosa combinación de medios de transporte, era aún en la década de 1970 no muy distinto al descrito por Fallas en el año 1940. Así, en aquella lectura de este libro encontré una inesperada y poderosa resonancia subjetiva.

Un cuarto de siglo después mi segunda lectura de *Mamita Yunai* se realiza desde otro lugar en la historia y en mi historia. He vuelto a leer esta obra y puedo decir que no he perdido el tiempo. Tal vez debería comenzar por la dimensión lúdica diciendo que Fallas es un narrador nato que posee el don de entretener al lector y de mantener su atención. Así, esta segunda lectura ha resultado una experiencia placentera. Este reencuentro me ha resultado útil como mecanismo de activación del recuerdo en la medida en que ha vuelto a traer a mi mente este aspecto de la historia de Costa Rica, del cual no había vuelto a ocuparme. Puede parecer una banalidad, pero al fin y al cabo no podemos olvidar que los llamados enclaves bananeros fueron un elemento esencial de la historia de Costa Rica desde fines del siglo XIX y hasta bien entrado el siglo XX. Esta función mnemotécnica social de la novela me ha lanzado también la interrogación sobre cual es la situación actual de los mundos sociales y culturales que muestra. Aquellos que conocen esas realidades en el momento presente podrán decir cual es la distancia existente entre la realidad que Fallas describe y la vida en las bananeras y, habría que agregar, en las plantaciones de piña hoy, y la situación de los pueblos indígenas de Talamanca en el presente. En suma, esta segunda lectura, además de entretenida, me ha resultado provechosa.

Dicho lo anterior, me quedo con la interrogante sobre la disposición y el interés de la sociedad costarricense actual para hacer una nueva lectura de esta obra; aunque a juzgar por el número de ediciones que ha alcanzado hasta el presente, se trata de un libro muy leído; entiendo que por imperativos del sistema educativo costarricense. De todos modos, me permito recordar que dentro de dos años será el centenario del nacimiento de Carlos Luis

Fallas y yo lanzo la pregunta sobre si será recordado y celebrado y, si así fuese, cuales serán las características de la conmemoración. Como nos lo enseñan quienes han estudiado la memoria colectiva, cada presente tiene su peculiar forma de lidiar con los múltiples estratos de su pasado; de manera que unas veces opta por el recuerdo y otras por el olvido.²

Ahora conviene que trate de explicitar el lugar desde el cual he hecho esta segunda lectura de *Mamita Yunai*. Para empezar, debo reconocer que si no hubiera mediado una invitación no habría realizado esta nueva lectura porque mis preocupaciones como historiador son hoy un poco diferentes y porque no hubiera pensado espontáneamente que valía la pena volver a leer esta novela, no solo por ser esa novela, sino porque no tengo la costumbre de releer obras de literatura. Pero una vez aceptada la invitación, pensé que mi lectura iba a estar marcada por dos preocupaciones: la cuestión de las identidades, tan omnipresente en nuestro tiempo, y el problema de la viabilidad de Costa Rica como estado-nación en la época actual.

En esta ocasión mi lectura ha sido menos militante en la medida en que no soy ajeno al desencanto del mundo que hoy muchos vivimos; en esa misma medida mi lectura, antes que de indignación ha sido de compasión, porque ya no tengo la convicción de que haya un camino seguro hacia la redención del sufrimiento que padece la gente débil y humilde, es decir, la mayoría de los seres humanos. En suma, esta vez he adoptado una lectura más cultural que social, más centrada en las representaciones sociales que en las relaciones sociales, es decir, principalmente interesada en ver como el autor percibe ese universo complejo de identidades étnico-raciales y étnico-nacionales, encuadradas por un cierto patrón de relaciones entre el estado costarricense y una empresa extranjera. También en esta ocasión he hecho la lectura no desde la certeza del proyecto, sino desde la incertidumbre y el malestar frente al porvenir. En fin, convendría aclarar que este reencuentro con *Mamita Yunai* está mediado por mi lectura de una obra más reciente, la novela *Limón Blues* de Anacristina Rossi. En fin, debo advertir que en forma consciente he evitado consultar comentarios o interpretaciones de la obra de Fallas; incluso, solo después de haber leído toda la novela leí el prólogo de Víctor Manuel Arroyo.

ESTRATOS MATERIALES Y TEMPORALES DEL TEXTO

Mamita Yunai presenta la peculiaridad de ser una obra que para ser leída requiere ser comentada o contextualizada. Por lo menos eso es lo parecen pensar tanto el mismo autor como el prologuista, e incluso la propia em-

presa que lo editaba en los años 1970 y 1980. También, según Fallas, necesitaba ser completada con un texto que no es propiamente un relato literario sino un testimonio militante. En fin, en opinión del escritor o de otra persona encargada de la edición, la novela requiere un glosario, material con el cual se cierra el libro. Todo parece indicar que se considera que antes de ingresar a la novela, el lector debe ser iniciado o introducido en sus códigos o, si se prefiere, debe disponer de una guía de traducción; en el caso del glosario esto es literalmente cierto. Todo este aparato de salvaguardas, prevenciones, instrucciones para su uso, o modo de empleo, resulta sospechoso y requiere ser explicado.

La presencia de esas adherencias parecen ser resultado de dos factores: el carácter o más bien la intención edificante del texto, en la óptica de una pedagogía revolucionaria o de resistencia, y el uso expresamente didáctico que al texto se le ha terminado dando en el sistema escolar y, posiblemente, en el conjunto de toda la cultura costarricense. Habría que agregar un factor adicional: por paradójico que parezca esta novela ha terminado formando parte del paquete de artefactos o de signos de identidad de la nación costarricense, un poco como lo es la carreta pintada. No olvidemos que ese *outsider* por excelencia que fue Carlos Luis Fallas fue consagrado Benemérito de la Patria y Premio Magón. En otras palabras, Fallas forma parte del panteón de la nación costarricense, lo cual dice mucho de la voluntad hegemónica o "fagocitante", si se permite este barbarismo, del imaginario nacional de Costa Rica.

Conviene enumerar inmediatamente las partes integrantes de la edición que he vuelto a leer: la de 1983 publicada por la Librería Lehmann bajo el sello Lehmann Editores. Esta edición ha sido precedida por otras de la misma empresa, cuyos derechos de propiedad intelectual fueron registrados en 1978 y en 1980. En la actualidad la obra circula bajo el sello de la Editorial Costa Rica y como se consigna en la edición de 2007 se trata de la segunda edición y de la decimoquinta reimpresión. En la impresión de Lehmann Editores de 1983 hay un elemento



Editorial Costa Rica
San José, Costa Rica

usual en muchos libros, el cual sorprendentemente no aparece en la de la Editorial Costa Rica; se trata de una dedicatoria, la cual reza así: “Dedico este libro a mis ex-compañeros de trabajo: los linieros de la Zona Atlántica. C.L.F.” Aparte de esta omisión, las ediciones de Lehmann y de la Editorial Costa Rica, son iguales, salvo, como veremos, por un detalle importante. Ambas incluyen los siguientes elementos complementarios:

- Un *Prólogo* del profesor Víctor Manuel Arroyo a la edición de 1966, escrito poco tiempo después de la muerte de Fallas

- Una *Autobiografía*, procedente de la edición mexicana de 1957, en la cual se hace constar que la novela ha tenido las siguientes impresiones previas: la primera en Costa Rica en 1941 que, según confesión del novelista, “pasó desapercibida por años, hasta que el soplo poderoso del gran poeta Pablo Neruda la echó a correr por el mundo”; la segunda en Chile en 1949; la tercera en Argentina en 1955, “donde, señala Fallas, actualmente se prepara su reedición”; la cuarta en México en 1957, la cual, nos advierte el autor, es la definitiva. Quizás convenga agregar que la novela ha sido traducida a diversas lenguas, la mayoría de ellas de países del antiguo bloque soviético. En fin, se puede afirmar que el libro se difundió en forma amplia, tal vez masiva, dentro de la sociedad costarricense, únicamente a partir de la década de 1970 o más bien de la década siguiente. Hago esta afirmación con prudencia porque desconozco los avatares de la obra dentro del conjunto de lecturas obligatorias de literatura costarricense de los programas del Ministerio de Educación Pública de Costa Rica.

- El otro elemento complementario de la edición de 1983 es una *Nota Editorial* de Lehmann; texto que no figura en la reimpresión de la Editorial Costa Rica del 2007 y que obviamente, me permito suponer, nunca fue reproducido por dicha editorial.

De todas las adherencias o advertencias que debe enfrentar el lector antes de ingresar a la novela, esta es la más reveladora, interesante y significativa. En efecto, esta casa editora se siente obligada a justificarse por publicar la obra y, al mismo tiempo, intenta relativizar o modular su contenido o, para hablar en términos incorrectos para las teorías literarias en boga, de glosar o, incluso, corregir su mensaje, con M mayúscula. Me permito transcribir el fragmento pertinente de dicha *Nota Editorial*:

“Si la novela ha sido traducida a muchos idiomas, quizá con el doble propósito literario y proselitista, para nosotros tiene un valor un tanto diferente: es una obra literaria definitiva y tiene aspectos históricos, cuyas circunstancias hemos ido superando gracias a nuestro régimen democrático, a la educación

de nuestro pueblo y como consecuencia por haber tenido gobiernos moralmente fuertes frente a la fuerza de grandes empresas.” (p. 14)

En consecuencia, el lector es aleccionado preventivamente: la novela se refiere a un pasado que, felizmente, ya pasó. El mérito de la abolición de ese pasado recae mercedamente en la democracia costarricense. Así, deberíamos concluir, usar esta obra para reivindicaciones sociales o para labores de agitación política en el presente es equivocado, errado o ilegítimo.

El libro se edita también, me permito inferir, no solo por su valor literario, sino también por su interés comercial, el cual deriva de demandas pedagógicas y de requerimientos de la identidad nacional. Así, la *Nota Editorial* termina con esta declaración: “Es también nuestro propósito, servir a profesores y estudiantes para el mejor desarrollo de los programas de literatura nacional, así como dar un aporte a la cultura y servir a una mejor comprensión humana.” (*idem*)

Como telón de fondo de esta *Nota Editorial* se encuentra el clima de Guerra Fría imperante en Costa Rica y en el mundo. Dicho clima se hace sentir en el *Prólogo* del profesor Arroyo cuando, por ejemplo, se refiere a los “espíritus mezquinos” que niegan los méritos literarios del autor y cuando al final del texto invita al lector, cualquiera que sea su ideología, a rendir homenaje a Fallas como ser humano. La disputa ideológica es también una disputa literaria o se traviste de conflicto alrededor del canon literario. Así, el prologuista nos pide que leamos el texto de Fallas como una obra literaria, como una gran novela, más allá de las carencias del autor o, para hablar en los términos del sociólogo Pierre Bourdieu, a pesar de su reducido capital cultural en el momento en el cual la escribió. Para Arroyo, Fallas es “nuestro primer novelista”, porque ha producido una obra intuitiva, espontánea, popular y generosa, a pesar de sus limitaciones. Se trata, ciertamente, de literatura comprometida. ¿Y qué?

Sin embargo, la defensa de Arroyo del Fallas literato crea un malentendido con el mismo autor, el cual en su *Autobiografía*, antes que literato se considera militante porque según nos confiesa:

“...para la labor literaria, a la que soy aficionado, tengo mala preparación; no domino siquiera las más elementales reglas gramaticales del español, que es el único idioma que conozco, ni tengo tiempo ahora para dedicarlo a superar mis deficiencias.” (p. 12)

Tal vez Fallas peque aquí de falsa modestia, pero en todo caso la advertencia no puede ser pasada por alto: escribe, pero no se considera un profesional de la literatura, puesto que su verdadera ocupación y vocación es la militancia política. Quizás sea sintomático que en la

que consideró la edición definitiva de su obra, incluyó un discurso pronunciado en un mitin político realizado en San José en 1955, en solidaridad con una huelga que en aquel momento protagonizaban trabajadores bananeros de las fincas del Pacífico sur de Costa Rica. Este texto, presentado expresamente “A manera de cuarta parte” y titulado *La gran huelga bananera del Atlántico de 1934*, es un relato testimonial, antes que propiamente histórico, de la huelga obrera más famosa en la historia de Costa Rica.

El texto, cuyo origen, como se indica es oral, pretende mostrar que ese conflicto fue el resultado inevitable de las condiciones de existencia de los trabajadores bananeros y en ese sentido podría ser considerado como una prolongación natural de lo que la novela relata. Es interesante señalar que Fallas, fiel a la memoria oficial del partido comunista, omite decir que la huelga bananera de 1934 terminó en una derrota. El relato enlaza con la historia exitosa del partido comunista de Costa Rica en la década de 1940 y desemboca en las razones y justificaciones de la huelga que acontece en ese momento. El discurso es una invitación a solidarizarse con esos trabajadores y es una acusación contra los intelectuales y artistas costarricenses por su silencio frente a esta lucha. El contexto de esta huelga, como bien lo muestra el discurso de Fallas, es una atmósfera de intolerancia anticomunista, secuela de la guerra civil de 1948 y de una alta exacerbación del clima de Guerra Fría.

En suma, hemos visto que antes de entrar al relato de Fallas es necesario pasar por otros textos de distintas precedencias que operan como mediación de cualquier lectura; de igual manera, antes de salir en forma definitiva de la narración se ofrece al lector una continuación situada en un plano distinto del discurso literario, en el cual historia, testimonio, denuncia de la coyuntura presente e incitación a la acción se entremezclan. Como se puede ver, no es posible leer *Mamita Yunai* como una novela o como mera obra de ficción, razón por la cual como historiador, al igual que tantos otros colegas, me he servido de ella como una fuente histórica. Por esa misma razón el editor, el prologuista y el propio autor se sienten obligados de proponer una guía de instrucciones para su lectura. En todo caso, todos consideran, para bien o para mal, que la obra está demasiado cargada de realidad, no suficientemente destilada por el artificio de la construcción literaria.

En última instancia, es este “exceso” de realidad lo que hace posible o inevitable la presencia de las citadas adherencias en esta novela. Un dato que merece ser recordado es que estas adherencias proceden de épocas distintas; de modo que si la novela propiamente dicha fue escrita en 1940 los textos que la acompañan son to-

dos posteriores, de las décadas de 1950, 1960 y 1970. A pesar de lo señalado previamente, me parece convendría buscar razones adicionales que nos den cuenta por qué se considera que la obra no puede sostenerse por sí misma y requiere la señalada serie de pantallas y espejos.

Para terminar con este recorrido por los textos que integran el libro llamado *Mamita Yunai* me permito recordarles que la novela propiamente dicha está dividida en tres partes: *Politiquería en el Tisingal de la leyenda*, identificada como Parte Primera; es la más extensa, ya que tiene 100 páginas, en la edición de 1983. *A la sombra del banano* es la Parte Segunda y es menos extensa que la anterior ya que tiene 71 páginas. Por último, *En la brecha*, Parte Tercera es la más breve con una extensión de 6 páginas.

CUESTIONES FORMALES

Sin duda la narración de Fallas es muy entretenida, llena de colorido y se lee como un relato de aventuras. El autor usa el recurso de insertar otras historias dentro de la trama principal, lo cual hace aún más atractiva la novela. No hay duda que Fallas era un narrador innato, una persona que tenía el don natural de saber contar historias. Además, a pesar de que afirme que no es un profesional de la escritura el lector se desliza por el texto con comodidad y soltura. Dejo a otros la discusión sobre si estamos o no delante de una novela; por mi parte, hoy como hace un cuarto de siglo, considero que este texto es un testimonio, muy cercano a los llamados documentos personales tales como las autobiografías, sobre un mundo social y cultural situado en el área del Caribe centroamericano y antillano y sobre una etapa importante de la historia de Costa Rica. El carácter testimonial y la intención verídica de la obra, se encuentran en su propio nacimiento, es decir, en su concepción original. En efecto, el protagonista, mientras estaba en Amubri, como delegado electoral del Partido Comunista para las elecciones de 1940, frente a la pregunta de un panameño sobre si iba a hacer algo frente al fraude del cual había sido testigo, respondió: “Nada... Posiblemente más adelante escriba algo sobre las costumbres y la vida de estos lugares.” (p. 63)

Además, de esta intención testimonial, la novela, como ya se dijo, se propone una función pedagógica o aleccionadora, de modo que las series de retratos, anécdotas y relatos que la integran suelen terminar con una especie de moraleja, la cual es normalmente un discurso político de denuncia de la UFCO y de los políticos costarricenses serviles y entreguistas. El relato está estructurado en forma de recorrido hacia atrás en el tiempo: la primera parte, narra hechos de 1940 y se cierra con un reencuentro emotivo con un viejo amigo, el cual suscita recuerdos de vivencias compartidas 16 años atrás, es decir, en

la época cuando Fallas era peón en los bananales; tales experiencias se relatan en la segunda parte. En fin, la novela se cierra con un regreso hacia adelante en la línea del tiempo, al reencuentro con el antiguo compañero de trabajo; momento en el cual el narrador nos revela, a su viejo amigo y a nosotros sus lectores, que su vida en las bananeras ha culminado en un acto de iluminación, es decir, con el descubrimiento de una ideología o proyecto de emancipación social y política.

NOTAS DE RELECTURA

Tras esta puesta en contexto del lector, la lectura y la obra, me permito presentar lo que podríamos llamar mis notas de relectura. Para comenzar se puede decir que la primera parte, en la cual se relata el viaje del autor de Limón a Talamanca, es la narración de un viaje, si fuese cine diríamos una *road movie*, a los confines del territorio de Costa Rica, donde el estado y la nación costarricenses apenas existen, y a los lugares más sombríos de la democracia costarricense, en los cuales los comicios son una farsa racista, grotesca y degradante. Es un viaje a un lejano territorio donde los atributos de la identidad nacional de la Costa Rica liberal aparecen en forma invertida; en esos remotos lugares ni hay estado educador, ni nación homogénea, ni mucho menos, una democracia ejemplar.

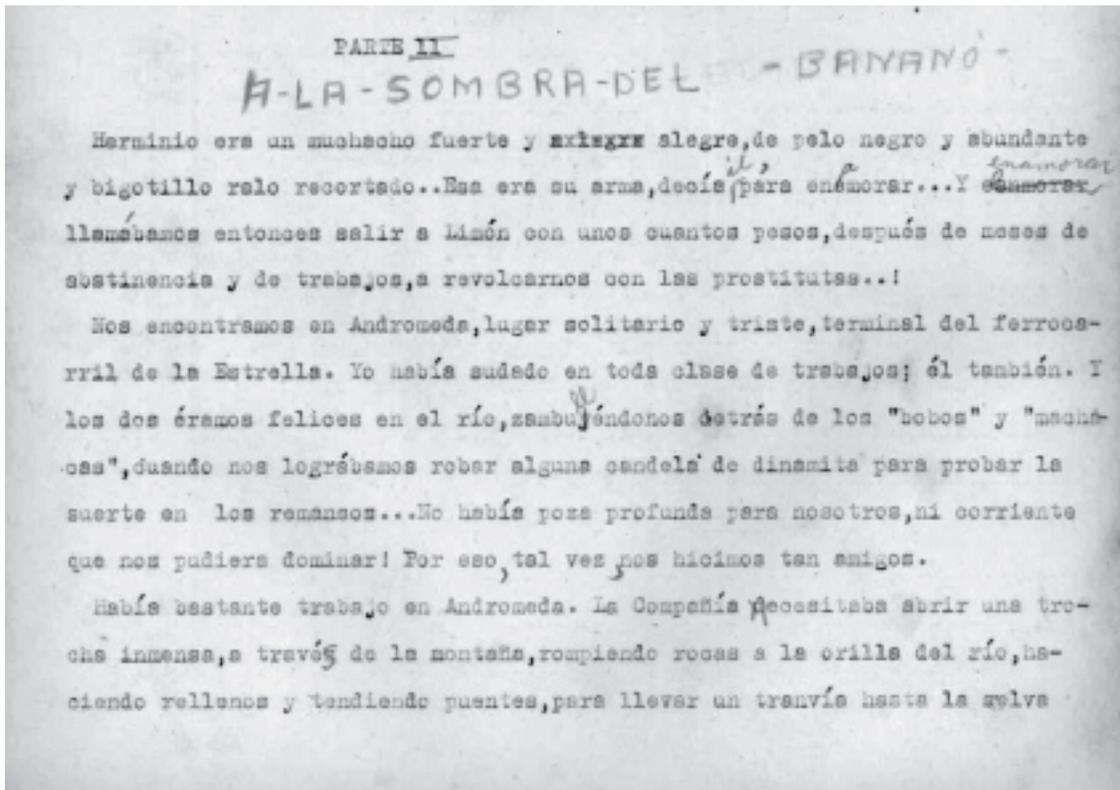
Como se trata del relato de un viaje, conviene identificar al viajero quien es una persona especial, es decir, un militante del partido comunista de Costa Rica, obrero bananero en su juventud y obrero zapatero en tiempos más recientes. El viajero es un costarricense del Valle Central de Costa Rica, que según su propia definición es una persona de raza blanca y, dato muy importante, que no habla inglés y menos aún ninguna lengua indígena de Talamanca. Este viajero se improvisa en etnógrafo y nos ofrece una etnografía de sentido común en la cual describe un conjunto de grupos étnicos y nacionales en el marco de un mundo opresivo, decadente y deprimido dominado por una United Fruit Co., en proceso de abandono de esa región y de traslado al Pacífico sur de Costa Rica.

Esta parte de la novela es también una etnografía o una radiografía de la forma en que operaba el fraude electoral en Costa Rica antes de 1948. En este caso se muestra la manipulación de los indígenas por parte de las autoridades de policía por medio de guaro y comida, manipulación que el protagonista debe tolerar con el fin de negociar el monto de los votos irregulares. En un espíritu muy curioso en términos de nuestra época, se acepta el procedimiento de fraude y se negocia la cantidad de votos irregulares. (p. 61-62)

Pero quizás para el autor y para este lector, resulte más interesante la mirada de ese costarricense de Alajuela sobre las gentes que pueblan ese universo. Este aspecto me parece esencial: *Mamita Yunai* es una mirada del Valle Central hacia un espacio periférico y marginado de Costa Rica, mundo que, empero, es más diverso, complejo y cosmopolita que el Valle Central. Recordemos que en el Caribe costarricense habitaban en esos años diversos grupos étnico-raciales, indígenas, negros, chinos, blancos, o más bien mestizos que se consideraban blancos, y varios grupos nacionales centroamericanos, nicaragüenses, costarricenses, panameños, hondureños, y estadounidenses y europeos. En fin, también estaban los guanacastecos que representaban una forma específica, no totalmente pura o representativa, del grupo nacional costarricense. Es interesante observar que las denominaciones de los grupos étnicos se formulaban siempre en el contexto de su relación con otro grupo. Así, por ejemplo, los blancos lo eran para sí mismos, pero para los negros eran españoles y para los indígenas, castellanos.

En esta primera parte, los indígenas son presentados como una raza degradada por la compañía, no por la colonia o por los españoles. Son gente muy triste que no tiene cantos, unos "pobres diablos", seres infrahumanos, seres embrutecidos (p.48) "seres idiotas" percibidos como lo otro como lo ajeno, cuyas costumbres son repulsivas; por ejemplo, dice el protagonista, desayunan "un sancocho miserable y maloliente" (p. 42). La degradación de los altivos talamancas, quienes desafiaron por siglos a los españoles, fue causada por "*los conquistadores imperialistas yanquis, secundados por criollos serviles*". (p. 73) Ciertamente, en esta etnografía improvisada de los indígenas de Talamanca abundan de parte del autor las palabras de denuncia y compasión, pero el fundamento de su percepción es su profunda condición de alteridad, desde la perspectiva de alguien completamente imbuido de la identidad nacional costarricense. En este sentido, la mirada de Fallas es tributaria de una época, la liberal, y de una sociedad, la nación costarricense, que no podían concebir a los indígenas de otra manera, como también ocurría en otros países hispanoamericanos, salvo quizás México.

Un juego de percepciones similares se presenta en la relación con los nicaragüenses. Así, en el contexto de una descripción de una faena de trabajo en la cual hubo que hacer explotar candelas de dinamita, el autor nos describe la reacción de los obreros tras el estallido: "*De todos los rincones se levantó un clamor alegre de gritos y dichos jocosos. Los ticos recordando las alegres fiestas de sus pueblos lejanos; los nicas, los combates sangrientos de su tierra mártir.*" (p. 153) En este caso no puede ser más evidente la conocida y arraigada oposición entre la



Mamita Yunai (versión mecanografiada de la Biblioteca Nacional) 1941.parte II, pp. 90-127. (Imagen en pdf, tomada de la Biblioteca Digital <http://www.sinabi.go.cr/Biblioteca%20Digita>)

imagen de paz y concordia de Costa Rica y la de conflicto y discordia de Nicaragua.

Obviamente, los negros forman parte de esta etnografía de sentido común. Para designarlos, el autor emplea los términos de raza de color, negros, morenos y negritos. Ellos también son lo otro, pero de manera diferente a como son los indígenas, porque los negros son alegres, pero también salvajes y lujuriosos; en determinado momento un personaje emite una expresión típicamente racista, "parecen congos" (p. 135) Como en el caso de los indígenas y también de los nicaragüenses hay en Fallas una gran compasión por estos otros. Por ejemplo, el personaje principal comparte una buena parte de su viaje a Talamanca con un grupo de jamaquinos de Limón que van a buscar trabajo a Panamá porque no los dejan pasar al Pacífico costarricense, adonde se ha trasladado la compañía. En una de esas digresiones en las cuales el autor se ocupa de la hacer la tarea edificante y de denuncia en el texto, dice lo siguiente: "Pareciera que para los negros se ha detenido la rueda de la historia" (p.26)

En fin, en este viaje al corazón de las tinieblas de la tan alabada democracia costarricense, el autor nos muestra cuan sórdido es ese mundo por medio de una anécdota protagonizada en Amubri por unos maestros homosexua-

les. Así, a los pobres indios lo que les envía el estado costarricense como educadores es "la hez del magisterio", unos "inmundos pervertidos" (p. 76) Para nuestra época, tan políticamente correcta, aquí el autor comete el pecado de la homofobia, del cual posiblemente en su tiempo pocos podían librarse.

En suma, la primera parte de *Mamita Yunai* cuyo título remite a un mítico El Dorado costarricense es un viaje a un mundo tenebroso en el cual los seres humanos fueron degradados por la United Fruit Co. y siguen siendo degradados por un estado costarricense para el cual las gentes que habitan esos territorios son solo manipulables en determinadas circunstancias e ignoradas la mayor parte del tiempo. En este universo abigarrado de identidades diversas la violencia es un elemento cotidiano, pero a pesar de todo, los distintos grupos parecen convivir aceptablemente.

La segunda parte, *A la sombra del banano*, es una descripción de las condiciones laborales y de vida de los trabajadores bananeros, de los llamados linieros, del Caribe de Costa Rica en la década de 1920. Se trata, como es conocido, de un mundo de hombres solteros, donde casi no hay población femenina, de proezas, fantasías, soledades, ilusiones rotas, alienaciones, lealtades y solidari-

dades masculinas. Un universo de hombres muy machos que llevan palo continuamente; pero que también lloran y buscan consuelo en el guaro o el ron y en las prostitutas. Es un mundo miserable, sucio y sórdido, en el cual imperan la explotación, la arbitrariedad y la injusticia. Por eso los días de pago son como una representación teatral de todo lo que ese mundo contiene y cuyo desenlace suele ser de sangre, muerte y cárcel para algunos. Solo la solidaridad y la fraternidad masculinas permiten soportar y tolerar tal universo.

Pero estos hombres no solo sufren la aspereza de otros seres humanos o de las relaciones sociales que representan, sino que, además, deben enfrentar otro enemigo poderoso e implacable que los abrumba continuamente de temores: una naturaleza hostil, llena de peligros, agresiones y enfermedades. El miedo a las serpientes sintetiza esa percepción de la naturaleza como expresión de una realidad ominosa permanente. El clima también es adverso y le cobra al cuerpo y también al alma su cuota de sufrimiento, porque este Caribe no parece ser el de las tarjetas postales, sino un lugar de lluvias continuas, gris, húmedo, fangoso, con vahos o emanaciones letales y, por doquier, pletórico de insidiosos insectos. En suma, un lugar donde todo se corrompe. Posiblemente, para una persona de hoy que lea por primera vez la obra, esta representación resulte casi chocante porque ahora el Caribe costarricense es percibido como una especie de paraíso ecológico. De igual manera, estos linieros, cuyo pasatiempo preferido era la pesca con dinamita, no serían personajes muy simpáticos a los ojos de los ambientalistas de nuestro tiempo. No obstante, se debe decir que el autor denuncia la deforestación irracional que ha provocado la bananera porque la madera de los árboles cortados, simplemente se pudre y no se utiliza. Sentenciosamente afirma: “*Hasta el clima nos van a cambiar botando montañas...*” (p. 121)

La vida del liniero o la historia de su vida es también un viaje, un viaje hacia la destrucción; ya sea porque desemboca, como sucede con varios personajes, en una rebelión individual que termina en un hecho de sangre que conduce a la prisión; ya sea porque queda trunca con una muerte repentina, en un instante de descuido en una faena, como el accidente que acabó con la vida de Calero, el personaje más famoso de esta novela. Este viaje puede ser también, como fue el caso de su protagonista, una salida de las tinieblas y un ascenso hacia la claridad, hacia la toma de conciencia, es decir, la rebelión colectiva, la lucha social y el compromiso político.

Precisamente la tercera parte, *En la Brecha*, aporta la moraleja final: el protagonista saca las lecciones del bananal, termina su periplo por el corazón de las tinieblas y recibe la iluminación, es decir, descubre el sentido de sus

sufrimientos y el de sus compañeros y la tarea o misión que le corresponde asumir. Aquí es interesante señalar que esta toma de conciencia, tras la denuncia continua de la United Fruit Co., implica enseñar, siempre con afán didáctico, que también en Estados Unidos hay luchadores sociales; por eso no se trata de ser anti-estadounidense en forma xenofóbica o irracional. (p. 191) En suma, si la parte primera es un viaje a un mundo oscuro de alguien que ya se ha liberado de sus sombras, las partes segunda y tercera pueden ser vistas como un viaje inverso de iniciación o de descubrimiento del camino de la emancipación, es decir, de la ideología comunista.

La relectura de *Mamita Yunai* me ha permitido descubrir o redescubrir su valor como memoria de una historia, memoria que se vincula con nuestro presente. La relectura de este texto también me ha reconfirmado la hipótesis de que el problema fundamental de la nación costarricense desde mediados del siglo XIX es su relación con Estados Unidos, cuestión que es central en el texto, como su título lo indica. Tres cuartos de siglo después de la huelga bananera de 1934, un cuarto de siglo después de mi primer lectura de esta obra me parece siempre de actualidad preguntarse si podría ser distinta nuestra relación con el país de donde procedía la United Fruit Co.

De igual manera, esta relectura me ha recordado que el mundo nunca podrá ser un lugar habitable, confortable y, menos aún, comúnmente compartido, mientras esté hecho solo a escala de gente como nosotros; algunos nos llaman la “gente linda”. No es realista hacer caso omiso que los otros, quienes no son como nosotros, también están ahí y si este mundo se niega a concederles su lugar, siempre podrán ser incómodos e incluso letales para nosotros. Si el mundo está hecho principal o exclusivamente para gente como ustedes y como yo, será, como en efecto lo es, un lugar inseguro y, en fin de cuentas, inhumano para todos. Sobre decir que Fallas dedico su vida y su escritura a la búsqueda de ese otro mundo en el cual quizás, al fin, todos cabríamos.

NOTAS

- ¹ Conferencia pronunciada en el ciclo **Tertulias Literarias del Farolito. Lecturas y Relecturas de la Literatura Costarricense. Las ficciones de la “no-ficción”** el día jueves 26 de julio de 2007. Aquí se ofrece una versión corregida de ese texto.
- ² Como lo atestigua el número especial de esta revista, las universidades públicas de Costa Rica han celebrado, mediante distintas actividades, el centenario del nacimiento de Carlos Luis Fallas. Tales conmemoraciones ameritarían en el futuro una investigación sobre sus razones y modalidades. (Junio de 2009)